



Que a veces nos pasa y por algo tan insignificante como aquella vez que dijo que nació en 1958, en la madrugada del domingo 14 de diciembre.

Que no es que fuese propiamente lo que me molestó puesto que yo misma me había quitado tres años cuando nos conocimos, aunque el dato pudiera resultar, y resultó, bastante irrelevante porque él jamás se fijó mucho; no llevó la cuenta ni reparó en una minucia que figuraría en mi DNI, si, y en el padrón, y en cualquier otro papelote absurdo de esos que se miran a veces, pero muy por encima y sin ponerse, así, bien repanchingado uno en el sillón de orejas, y con las gafas muy bien puestas de modo que "oh, vaya, cómo lamento interrumpir... ¿qué libro estás leyendo?"

¿Conoce alguien a alguien que haya contestado "el de familia, pero no te preocupes, me vendrá bien un pequeño descanso?"

Así que la bronca no fue por eso. Lo que me irritó fue el aplomo con que refirió cómo mi madre recordaba que la tarde anterior – es decir, la del martes 13 de diciembre de 1955, aunque él no lo sabía – había estado con mi padre en el cine Capitol viendo *Falso Culpable*.

– Y desde entonces – decía mi madre, y él lo repelía tal cual por dar más fuerza a semejante afirmación – no he vuelto a pisar una sala de cine.

– Eso, mira – le dije – es cierto. Pero la película, si no te importa, era *Sospacha*, y el cine...

– ¿Y cuánto puede importar eso si, en ambos casos... – No sé ni cuánto puede importar ni si en ambos casos, pero... Además: no la vio con mi padre sino con su amiga Mercedes.

– La duda que tengo – se puso a hacer memoria –, sin embargo...

– Si es de *Falso Culpable* – yo, muy seca – no te podré ayudar, tampoco yo la he visto.

Estas dos páginas, lo mismo que las tituladas Continuidad – a las que se accede desde el blog <http://www.bermeral.blogspot.com/>¹–; aparecieron dentro de una carpeta que llevaba el nombre de Estrella Portillo.

Ella negó hasta el día de su muerte que le pertenecieran; lo que para cualquiera que la conociese un poquito resultaría del todo verosímil porque nunca se tuvo noticia de que tuviese jamás marido ni hijos.

Es también cierto, empero, que tuvo siempre la costumbre de quitarse años, costumbre tan común por otra parte a tantísimas mujeres que bien podría decirse que no sería este un rasgo concluyente para concederle credibilidad de no haber sido porque, al irse acentuando en ella el hábito a medida que se acercaba a la vejez, llegó a quitarse tantísimos que tuvimos que terminar por darnos cuenta. Lo cual sería una prueba en contra de su palabra y a favor de que en verdad le pertenecían.

Dase la circunstancia, por otra parte, de que defectos los tenía, sí, como todo el mundo; pero no era, sino todo lo contrario puesto que tenía un carácter buenísimo, en absoluto chinchorrera; lo que induce a sospechar que – habida cuenta, además, de que era del todo encantadora pero también lo suficientemente vanidosa como para jamás hacer semejante afirmación de sí misma – ciertamente no le pertenecían.

Cabe contraponer sin embargo el argumento de que a excepción de esa manía, tan inocente en el fondo, de los años fue siempre una persona que abominó de cualquier tipo de mentira; lo que nos llevaría a concluir que las páginas en cuestión eran en efecto de su propiedad.

Mas, como si confrontábamos a esta última argumentación el hecho probado y plausible y del que tantísimos fuimos testigos de que siempre lo negó nos encontrábamos con que verdad y mentira entraban en flagrante conflicto, se optó por renunciar tanto a desentrañar la veracidad de lo escrito como la identidad de quien lo escribió y limitarse – limitarnos – a dejar constancia de dónde fue encontrado.

¹ Una vez en dicho blog, se busca el mes de enero de 2008 y, ahí, en el sábado 19 se encuentra en seguida (en el caso siempre, como queda dicho, de que se sienta curiosidad).